

RUIDO DE CICATRIZ



Título: *Ruido de cicatriz*.
Primera edición: noviembre 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Iria Fariñas.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-9-3
Depósito legal: AB 532-2022
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

IRIA FARIÑAS
RUIDO DE CICATRIZ



InLimbo
Narrativa

*Para Silvia,
por escuchar mi ruido*

El cuento es una gota de sangre sobre lo blanco

Es una suerte que nadie me ayude. Nada más peligroso, cuando se necesita ayuda, que recibir ayuda.

A. PIZARNIK, *La mesa verde*

La herida que nos hace Iria Fariñas tiene veintitrés suturas: un respunte breve, mínimo, como lo dejarían las huellas de dientes diminutos; una mordida inesperada de algo pequeño que surge de las sombras. Sus relatos, que tienen la virtud de lo preciso, presentan situaciones cotidianas que se enrarecen hasta naturalizar lo macabro. Pueden tratarse de climas familiares viciados, historias íntimas con foco en perspectivas infantiles o algo mucho más luminoso, de una claridad evidente que, en lugar de revelar, oculta. Sus cuentos son estampas conmovedoras que, con poco, pintan mucho. En un tiempo de excesos y de una abundancia angustiante de lenguaje, esta creadora existe para recordarnos a los lectores la virtud de lo esencial. Un cuento es la puntada que deja una gota de sangre sobre lo blanco.

El corte que revisamos ha sido profundo, se hizo en la niñez. Relatos sintéticos como *A un roce*, historia con la que este tomo inicia, *Ser parpadeo* y *El hogar es un tipo de geometría* ilustran la tesis de Fariñas de que tanto la maternidad como la paternidad son cicatrices que se replican. Entonces, crecer

es un dimorfismo y una forma de estar en falta. Atisbamos que a uno de los suyos le faltan brazos; otra tiene una afeción en la espalda y su embarazo, en la adultez, anticipa una futura cicatriz; uno más no tiene el meñique y sigue instalado en la infancia como el lugar de las lesiones. La protagonista de *Cálida amistad*, por ejemplo, la pequeña Candela, ha sufrido una quemadura de segundo grado que ha agujereado su carne para siempre y su vida girará alrededor del fuego al que ella ha podido sobrevivir, pero sus padres no. Desde entonces, busca transmitir a otros su incendio fundamental.

Como dije, las voces de esta autora no son necesariamente infantiles, pero hablan desde un lugar de enunciación joven, desde los nexos familiares donde se trazan paralelismos afectivos que no desean multiplicarse o que, por el contrario, resultan apreciados. En algunas historias, como *Infinitum est finis*, una madre y una hija se unen entrañablemente en las puntas de la vida: nacimiento y muerte; y en *Legado* se explora la relación entre la escritura y la herencia por medio de una estampa emocional que sintetiza la relación entre un tío y un sobrino, quienes tienen en común su afición por lo estético. En *Un minuto tarde*, la complicidad se extiende hasta metaforizar la parsimonia de los relojes con la apresurada existencia humana. Los personajes de Fariñas hurgan en los cajones de parientes cercanos con la confianza de que van a descubrir algo definitivo que transformará sus vidas.

Los espacios también pueden estar trastocados. En el cuento *Refugio*, la autora expone una frase que bien podría ser un arte poética: «Los lugares en donde nunca sucede nada son, al final, los más peligrosos (...) la ficción tiene algo de premonitorio, si se sabe escuchar» y así, nos narra la crónica de un hecho de sangre acontecido en una ciudad de Castilla donde alguien ha asesinado a una mujer porque sintonizaba continuamente una emisora donde solo programaban boleros. Lo que podría ser un absurdo, al narrador cínico le parece de lo más lógico, naturalizando lo atroz. Siguiendo este mapeo

por la piel del texto, dos relatos muy bien logrados —fábula pura—, son *Útero* y *Por dónde se mete el miedo*. El primero es una historia de amor contada por una voz que algo tiene de mítico, un hombre errante y una casa voraz se encuentran para terminar siendo el uno para la otra. Las paredes se erotizan con la presencia masculina prolongando el juego de la devoración definitiva y el hombre posterga con pretextos su huida. Este útero no está fabulado solo para parir, está para ser, además, receptáculo de goce. Podríamos hacer varias interpretaciones aquí, pero creo que más que un cuento de casas embrujadas leemos un pacto de convivencia donde la satisfacción termina siendo mutua y hay placer en ser la víctima.

En cambio, en la segunda historia a la que me refiero líneas arriba, *Por dónde se mete el miedo*, un mal aire se manifiesta infiltrándose por los resquicios de la infancia, contaminando los juegos infantiles de algo inentendible y tenebroso. Tiene la ambigüedad de un relato surrealista y trae la sospecha de que algo muy enfermo toma la forma de todos los objetos con la sensación de lo infeccioso. Para Kafka, el mal era un alijo de muchas cosas olvidadas que acechaba detrás de la escalera y se llamaba Odradek; para Fariñas es un amigo imaginario del que su protagonista no puede deshacerse y que «no miente» como lo hacen los adultos. En estos cuentos, niñez es un sitio encantado y sospechoso.

Para cerrar esta idea sobre los territorios liminales, menciono a *Milaguas* como un relato tocado por lo real maravilloso. En un sector impreciso tal como podría ser Comala o Macondo, una mujer deja su vida en orden antes de vaticinar su propia muerte, se va cuando termina la tempestad; en cambio, en *Triángulo isósceles*, un día de playa espléndido y soleado por el afecto de los amigos da paso a la noche de la soledad.

Cuentos con otro tipo de construcciones inquietantes donde hay mucho más lugar para desarrollar personajes y caracteres, son aquellos donde la autora pone sus pilares ya sea en el humor o en el patetismo, porque los géneros mezclados

mejoran su sabor para los lectores. *Expectativas* construye la tensión de una cita a ciegas siniestra. Al igual que sucede con *Planos del deseo*, sus protagonistas son dados a imaginar y encuentran voluptuosas sus ocurrencias, a tal grado que viven para nutrir las fantasías que transitan cotidianamente. Hay algo en la mirada de Fariña que la hace fijarse en personajes colocados al margen: fabuladores contumaces, indigentes, lesionados, gente extraña camuflada entre el tránsito corriente.

La autora logra hacer breves chispazos muy vivos que nos dejan con curiosidad, fuegos fatuos que arden y pasan con la velocidad de un pestañeo. *Cuento de nada* es una historia del género negro sobre una camarera atrapada en una relación destinada a la desgracia, pero ciertamente no sabemos si la fatalidad la alcanzará o no, porque lo que llega a nosotros es un fractal. Tan creíble resulta lo que convoca Fariñas que es probable que en cualquier ciudad, en este mismo momento, se crucen una mujer a la que se le mueren las plantas y un hombre caído en desgracia, sacados del cuento *El acto de regar*, que interactúen y que, tal vez, se caigan hasta simpáticos.

Otro logro de gran poder narrativo es *Principio de continuidad*, un relato bastante peculiar donde es el discurso quien observa a quien lo construye. La premisa de esta historia desarrolla la idea de que el escritor es leído también por lo que crea. Las palabras tienen un tiempo de vida corto, son un latido, pero concatenadas, pueden perpetuarse indeterminadamente. Este planteamiento hace meditar sobre la tarea de los creadores, sobre su trabajo de constructores de sentido que van armando un mapa de ruta para entenderse a sí mismos, como también puede notarse en los vestigios del proceso creativo de la voz narrativa en *Tal vez la luz*.

También tenemos historias de magullados que quieren deshacerse de sus cuerpos, que quieren estar definitivamente ausentes de la carne, pero incluso muertos, siguen escuchando ruidos invasivos: de dientes chirreando, de cristales rotos, de recuerdos acometiendo. Muy recomendadas *Ligera como un*

estremecimiento, Sistema digestivo, Contraindicaciones para una bañera, Por tener puntería.

Es probable que los lectores den con su propia lista de entrañables a recomendar o coincidan con mi entusiasmo por los relatos en los que me he detenido. En resumen, Iria Fariñas, usando la brevedad como una virtud y la potencia como un recurso, ha creado un libro de grietas y de reconstrucción. Por esas hendiduras logramos ver otras vidas deslumbrantes en su intensidad, vidas de ficción, pero no por eso menos verosímiles o próximas. Un viaje que hacemos lacerados. Salimos de sus historias acariciando los bordes de nuestra propia marca de nacimiento y nos damos cuenta de que todavía duele.

Solange Rodríguez Pappé
Guayaquil, octubre 2022

(...) para su confusión, las cosas siguieron sonando.
Andrés NEUMAN, «El fusilado»
(del libro de relatos *Hacerse el muerto*)

Solo lo que quería permanecer oculto, permanecía oculto.
Cristina PERI ROSSI, «Terapia»
(del libro de relatos *Habitaciones privadas*)

Tu dolor te hace más frágil. Ya sabes que siempre he considerado la totalidad y la integración como mitos necesarios. Somos seres fragmentados que nos vamos consolidando, pero siempre existen grietas. Que logremos convivir con esas grietas es la clave para llegar a ser unos seres, digámoslo así, razonablemente sanos.
Siri HUSDVET

A un roce de distancia

Sueño con brazos. A veces, inmensos; otras tan pequeños, apenas una voluta. Peludos, depilados, morenos, pálidos, con pecas. Brazos cortos, brazos largos como carreteras. Brazos impecables que solo pueden ser de un maniquí o un asesino.

Cada mañana miro el techo en una tentativa por capturar sus siluetas. Aprieto mucho los ojos para abrirlos de nuevo: así las manchas se proyectan mejor sobre el gotelé. *Eres una sirena inversa*, solía repetirme Ma cuando aún vivía, *mijito, en lugar de faltarte las piernas te faltan los* y entonces yo interrumpía su *leitmotiv* con un *pero no puedo respirar bajo el agua*.

El mejor momento del día es cuando me sumerjo en Oniria. Más allá de los párpados, puedo tener diez, cien, mil millones de brazos de todos los tipos y convertirme en Ganesha. Puedo extender un ejército de dedos hacia todos los bordes que me rodean y palpar el universo. Puedo rozar el chal con el que me oculto cuando salgo a pasear y me cuelga de los hombros como dos miembros lánguidos. Con los ojos cerrados, la rabia se transforma en tacto.

Tengo algo que contarte, mijito, me dijo tantas veces Ma cuando sus manos aún eran también las mías y me preparaban la mejor dorada al horno y me doblaban las sábanas recién lavadas y me rascaban entre los omóplatos. ¿Qué cosa?, y Ma guardaba siempre un silencio como de secreto o de mentira, así que insistía: ¿qué tienes que decirme?, y Ma se arrugaba como una

bolsa de patatas que estruja alguien con sus nudillos. *Nada*, decía al fin, *nada*.

Las mañanas son lo más difícil, porque la memoria aún no ha expulsado los fantasmas con sus codos nocturnos y las tareas acechan desde todos los rincones: abrir las cortinas, preparar el café, barrer la tumba de Ma, comprar el pan, saludar a los vecinos que pasean a sus perros, atender a sus demandas babosas de caricias, enviar currículums con mi lista de aptitudes:

- Disimular.
- Claqué.
- Mirar por la ventana.
- Encontrar ecos.
- Hula hoop.
- Abrir nueces entre las rodillas.
- Besar.
- Hacer listas.
- Esperar a los muertos.

Todas las mañanas la misma rutina, decisiones como ciempiés recorren las sombras que desprenderían mis dedos, por el paquete de Marlboro a medias que dejó Ma en el tercer cajón de la cocina o por esos pelos suyos que se quedaron arrastrados de una esquina a otra del baño.

Ma hubiera sido actriz si yo no hubiese aparecido en su vientre como una garrapata. Nunca me lo dijo, no hacía falta. Sé bien de las cosas que no están. Entiendo su fuerza. Nunca me dolió. No sé qué fue mi padre antes de ser mi padre, pero en el momento en que aparecí en el test de embarazo se convirtió en fugitivo. En mi imaginación no tiene cara ni voz ni nombre, pero sí dos brazos gigantescos que me envuelven y me aterran y me acogen justo en el límite entre el hogar y el ahogo.

Acudo al buzón con la llave en la boca y lo abro en un giro preciso. La escupo encima de los sobres a la espera y recojo el

conjunto con los dientes. Dejo el buzón abierto a mis espaldas como sorprendido. Todas las mañanas igual y aún no se acostumbra. Entro al salón, me quito los zapatos en dos patadas. Me siento en la mesa que ya no uso y dejo caer los sobres nuevos, añadiéndolos a la montaña acumulada en el centro del mantel de ganchillo.

Tengo algo que decirte, mijito; pero Ma nunca habló, o sí lo hizo, pero nunca dijo nada. A veces cantaba sentada en su silla de mirar la pared y después yo repetí esas melodías al ritmo de las palas que cubrieron su cuerpo de tierra. ¿Qué cosa, Ma?, encargué grabar en su epitafio, ¿Qué tienes que decirme?

No recibo cartas. No sabría cómo responderlas. Este cataclismo celuloso pertenece a Ma, y no puedo evitar reírme al pensar que aún tiene algo suyo, documentos que se empeñan en contradecirla, quizá también el olor a dorada al horno impregnado en determinadas superficies de la casa, quizá la duda. Una buena parte de ellas provienen de un tal Instituto de Investigación sobre Prótesis. He encontrado muchas de esas escondidas bajo su cama, entre los sombreros de su juventud, tras los radiadores. No he abierto ni una sola. Con paciencia, podría. Pero no. Ma me llamó antes de morir, pero no se lo cogí. Estaba en la azotea del único teatro en el que llegó a actuar y su movimiento se convirtió en una línea de aceleración que traspasó cinco pisos hasta detenerse en un camión de la basura.

Una llamada sin coger equivale a cartas sin leer.

Poco a poco, mudo la pila de correspondencia hasta la bañera. Abro el grifo. Agua fría, como en el mar. Medianoche. Me sumerjo. Cierro los ojos. Permito que todos los rectángulos cerrados acaricien mi cuerpo. Imagino que son algas. Imagino que puedo empeñarme en respirar como las sirenas y darle la razón a Ma, que invoco los miles de brazos de mis sueños para que me retengan contra la cerámica y que sirven de algo. Que en el punto exacto entre el vuelo de Ma y mi

inmersión se encuentra la respuesta. Imagino que puedo agarrarla, apretarla contra mí y no decir nada.

Pero amanece. Me incorporo. La tinta diluida ha impreso una infinidad de brazos mínimos sobre mi piel. Entiendo que siempre fuimos un asesino y un maniquí en una habitación cerrada, que todavía lo somos y que no sabremos quién es quién. Desnudo, me siento en la silla de Ma de mirar la pared. Canto. Ojalá poder dibujar, destruir, arañar. Pero canto como los peces sobre el hielo de un escaparate. Ma se refleja en todas sus pupilas y sus escamas, para siempre de pie a un roce del borde.

Ser parpadeo

Me han abierto la cicatriz de la espalda seis veces. Operación tras operación, su dibujo se superpuso en una serpiente de esparto. La lista de sus variaciones desemboca una y otra vez en olor a suero y anestesia y en esa amargura que conquista el fondo del paladar y la garganta. Mi espalda es la puerta a un cementerio de elefantes. Más allá de la piel estriada, en algún lugar, residen los huesos y los clavos. Una cicatriz es una cueva con la entrada tapiada por derrumbamiento: el hecho de que no se pueda acceder a su oscuridad no significa que esta se haya evaporado.

Parpadeo. Tengo seis años y escoliosis, pero no sé lo que es la edad ni la enfermedad. Todavía no entiendo tampoco lo particular de la cacofonía. El columpio es mi lugar favorito en el mundo. Subo y bajo y subo y bajo y el vuelo es eso, un péndulo. En algún momento abandono la superficie del neumático que hace las veces de asiento y el vuelo se transforma: primero en salto, después en caída. Sangre y arena. Ante todo, el grito y el llanto. Padre y Madre me sujetan sin mirarme, me convierto en su náusea.

Hospital. La primera vez que esa palabra cobra sentido: vómito, desinfectante, orín, drogas, costra que no proviene del juego ni del asfalto. Todo un universo a descubrir recién

cumplidos los seis. El concepto de hospital cabe en una cama de ochenta centímetros de ancho y sábanas que raspan la herida.

Una cicatriz es un mapa que conduce a un agujero negro. Lo sigo y tengo siete años, diez, doce, quince, dieciocho. Las coordenadas de mi espalda se descosen con la urgencia de la confesión: con cada visita al quirófano me quedo más ligera y desnuda. Las formas de la adolescencia se moderan, y mis pechos y mi cintura son apenas un esbozo. Este mapa se posa en los murmullos.

Madre y Padre se separan mientras mis vértebras quedan fijas como un desfile militar. Madre se va al sur, donde la casa vieja que le dejaron los yayos. Compra un perro. Me manda fotos al móvil que descansa en la mesilla de las noches de insomnio. Contesto con una recriminación por no adoptar. Madre tarda tres meses en volver a visitarme.

Parpadeo. Tengo dieciocho, quince, doce, diez, siete, seis años. Cada vez que vuelvo, el dolor se me antoja en desuso. Introducirme en sus llagas es realizar el mismo descubrimiento con la misma sorpresa. Oigo llamar a esta rutina «complicaciones». Cada vez me digo y me dicen que es la última. Cada vez me creo que este espectáculo de quejidos ha terminado. Mi fe es tan ciega como la del riesgo, la industria o la creación.

Padre envejece en la sala de espera. Vende el coche familiar para comprar uno más pequeño y práctico y se suscribe a un plan que abarata el coste del aparcamiento para las visitas. Se aficiona a los sudokus. Se le dan mal. A menudo hace trampa y repite números con tal de darlo por concluido. Casi siempre escoge el seis para el atajo.

Parpadeo. Tengo seis, siete, diez, doce, quince, dieciocho y el mío es un territorio de derribo. Estar tumbada significa lo que para otros es la carrera. Inmóvil, bocarriba, avanzo hacia la idea de entereza, de rectitud. Contradecir a la serpiente: ese es el único objetivo.

Madre se estrella en una curva y Padre no sabe cómo decírmelo hasta que lo hace. No siento nada. Culpo a la anestesia.

No sé qué fue lo último que le dije. Culpo a los días blancos ingresada. Borro el historial de mensajes con ella sin comprobarlo. Cerrar es limpiar, afirmo, mientras me dejo dar la vuelta para que me cambien las gasas. Cerrar es olvido.

Tengo veintiuno y empiezo a creer en el cambio. Me apunto a la universidad, a Matemáticas. La posibilidad de previsión me tranquiliza. Conozco a un chico que se asemeja a mi padre sin arrugas. Cursa el tercer año de Filosofía y también es terrible en los sudokus. Nos vamos a vivir juntos a un piso de estudiantes. Hablamos de Pitágoras desde nuestros respectivos campos y subimos y bajamos y subimos y de repente el mundo da un salto y me quedo embarazada.

Me recomiendan reposo. Un útero que se expande es una cueva a punto de despejar su acceso. La apertura me causa terror. Estudio tendida bajo las sábanas, con el libro de turno apoyado en las primeras formas redondeadas de mi vida. He entrenado para este momento. Miro al techo y me reconozco. La verticalidad ahora reside en la elevación de mi centro ecografía tras ecografía.

Quiero un parto en casa, pero a última hora me llevan al hospital. Casi no recuerdo el trayecto. Parpadeo entre el grito y el llanto, entre Padre y Papá sujetándome de una mano cada uno mientras me miran el ombligo. Me transformo en la cesárea que me dibuja una autopista en el vientre.

La niña se parece tanto a Madre que dudo en si ha vuelto para gastarme una broma. Me niego a ponerle su nombre. Ahora soy Mamá y eso está por encima de cualquier similitud. Escondo a la niña en las colinas de mi cuerpo para que nadie se atreva a percibirlo.

Dos cicatrices son caminos que se cruzan. El movimiento de mis venas, un desagüe. La sangre tras el embarazo enturbia el agua de la ducha durante semanas. Observo cómo se pierde en el agujero negro de la cañería. De pronto, un olor a óxido asciende hasta mi memoria. Lo último que le dije a Madre fue

que, por primera vez, me había bajado la regla. No respondió, pero aquella fue la tarde en que se compró el cachorro.

Quizá cerrar no equivale a olvido. Una cicatriz es el antidoto del olvido. Emborrugada por el vaho, saco un pie de la ducha y planto una huella roja en los azulejos. Parpadeo. Es del mismo número que gastaba Madre.

Útero

El nuevo jinete parecía de corcho, un corcho fácil de triturar una vez lo desmontara de aquel caballo de metal sobre el que se erguía. El caballo rugía en lugar de relinchar, lo que lo hacía aún más cómico: una especie de cachorro con armadura.

La casa acomodó sus cimientos. Hacía mucho que nadie la visitaba. Estaba hambrienta.

Fineas era mendigo desde que tuvo capacidad de decisión. No valía para trabajar ocho, diez, doce horas al día como su madre, ni para imitar a su padre y criar niños como girasoles. Lo único que conservaba de su antigua vida familiar era Ginna, la motocicleta con la que huyó en mitad de una madrugada de hace más de quince años. Los únicos trabajos que aceptaba llevar a cabo, siempre esporádicos y cortos, los invertía en ella. Él podía alimentarse a base de pan del día anterior mientras ella tuviera carburante y los neumáticos a punto. Vivir en huida: aquel era su único antojo.

Fineas aparcó en la entrada de la casa abandonada. No había signos de okupas, ni jeringas sembradas en la grava, ni siquiera huellas a la vista. Le había tocado la lotería.

El jinete no tembló lo más mínimo al acercarse. No desenfundó ningún arma a excepción de un pene flácido con el que orinó sobre una de sus paredes. La casa utilizó los cristales de todas sus ventanas para reflejar la luz de la luna como signo de advertencia, pero el jinete no pareció darse cuenta de ello. Después, penetró su puerta principal sin siquiera limpiarse las manos antes de ponerlas sobre su querido tirador de gárgola aullando. Si no tuviera tanta hambre, le escupiría lejos de allí en aquel mismo momento.

Fineas viajaba ligero. De hecho, todo su cuerpo era un baile óseo, como si la piel sucia y requemada apenas fuera capaz de contener el movimiento. Quizá aquel era el motivo por el cual nunca pasaba más de tres noches en un mismo lugar. Aquella era la medida del apego, tres noches: nada merecía tanta atención. Aparte de Ginna, por supuesto.

Había pernoctado en puentes, naves industriales, polideportivos, cajeros, desguaces, parques, estaciones, un cine a punto de ser demolido. El salón de aquella casa le recordaba a la nostalgia de este último: las lámparas de araña colgaban como a la espera de atrapar algo, pero todo lo que flotaba a su alrededor era polvo y oscuridad.

Fineas se quedó dormido con una enorme sonrisa desdentada.

La casa sabía que todo estaba en la mente. Para mayor exactitud, en el control de la mente. En el control de la mente de otros. Una comida sabía mil veces mejor si la presa estaba aterrorizada. Llevaba siglos haciéndolo. Aunque hacía mucho que no. El mundo ya no era igual. Nadie había asfaltado el camino que pasaba ante ella, aunque en el horizonte podía ver un entramado de culebras de cemento. En los últimos lustros

habían surgido también dientes de vidrio que ascendían hacia el cielo y reflejaban la luz con mayor fiereza de la que sus propias ventanas jamás podrían soñar.

Quizá se había hecho vieja, pensó mientras observaba al jinete descansar en el centro de su cuerpo. Quizá, el miedo había cambiado de forma.

Cuarenta y cinco. Aquel era el número de noches que Fineas llevaba allí. Inaudito. Incluso había empezado a regar los hierbajos de la entrada y estos habían florecido. No sabía qué era, lo de aquella casa. No podía pensar en abandonarla. Por las noches, soñaba con monstruos abyectos de encías podridas. Llevaba tanto sin soñar que aquello le pareció una iluminación. Los objetos cambiaban de lugar, las sillas se volcaban de golpe, las sombras bailaban sobre los desconchones del papel pintado, por lo que el edificio nunca parecía el mismo del todo. Cómo aborrecer algo que, al igual que él, estaba en constante movimiento. Las cortinas levitaban en su dirección cada vez que se distraía. Por primera vez, fue consciente de que hacía mucho que nadie le acariciaba. A veces, los crujidos de la estructura eran tan fuertes que se asemejaban a lamentos del inframundo. Entonces, Fineas se abrazaba a una pared y sentía que la casa se tranquilizaba.

A medida que el jinete desempolvaba cada una de sus lámparas y fregaba todas sus habitaciones, el rugido apremiante de sus entrañas se reducía. La casa tuvo por primera vez una duda: ¿había tenido hambre durante toda su vida o, en realidad, se había sentido sola?

Una mañana, Fineas se despertó con lo que se asemejaba a la marca dejada por un diente en su antebrazo. Le recordó